

Modelos de Dirección Espiritual¹

Giuseppe Como²

La extensión de este aporte es evidentemente demasiado acotada como para exponer la verdadera historia de la dirección espiritual que, por otra parte, ha sido recientemente elaborada con resultados interesantes³. Por ello, buscaré identificar a grandes rasgos los modelos más importantes que la historia de la espiritualidad cristiana conoce, e indicar cuales son las líneas de reflexión que emergen en la literatura contemporánea sobre la dirección, o mejor dicho sobre el acompañamiento espiritual.

Los orígenes y el desarrollo en el primer milenio cristiano

Es sólo con la aparición del monacato en los desiertos meridionales, en los siglos III-IV, que la Iglesia comienza a conocer una forma difundida e identificable de ayuda dada por un creyente maduro y experimentado a otro creyente que desea crecer en el seguimiento de Cristo y por ende en la vida de fe. Antes de este momento, el padre espiritual es el obispo, padre y educador de la comunidad cristiana que genera a la fe a aquellos que se convierten⁴.

Los monjes son buscados en su soledad por cristianos que piden ser educados en el combate espiritual, en la lucha contra los demonios y en el discernimiento de los espíritus. El discípulo vive en relación al maestro una sumisión absoluta, en cuanto reconoce en la palabra del *abba* un eco de la palabra de Dios: su existencia, totalmente «pneumatizada» y «cristificada» por años de ascesis y de lucha lo hace transparencia perfecta de la autoridad divina. Por lo tanto, la relación entre anciano y discípulo en la espiritualidad del desierto es de naturaleza netamente carismática y el maestro está profundamente implicado en la vida de fe del discípulo, sabiendo que deberá rendir cuentas a Dios por su alma⁵. En este modelo, «la asimetría relacional no impide el afecto mutuo característico de la filiación, paternidad y maternidad»⁶.

1 COMO, Giuseppe, *Modelli di direzione spirituale*, en «Tredimensioni» 10 (2013) 34-42. Traducción: Fátima Godiño para talleres sobre *Acompañamiento* (Uruguay, 2013). Corrección de estilo: Ilda Díaz.

2 Profesor de teología espiritual en el Seminario Arquidiocesano de Milán y en el *Centro Studi di Spiritualità* de la Facultad Teológica de Italia Septentrional, con sede en Milán (Italia).

3 Cfr. los tres volúmenes organizados por FIROLAMO, G., *Storia della direzione spirituale*. Morcelliana, Brescia 2006-2010.

4 Cfr. TOFFANELLO, G., “Padre, dimmi una parola”. *La direzione spirituale dalla parte del diretto*, en «Credereoggi», 75 (1993), pp 84-96: 85.

5 Cfr. FILORAMO, G., *Introduzione*, en Id. (organizado por), *Storia della direzione spirituale*, vol. I, *L'età antica*, cit., pp. 5-36,25.

6 OLIVERA, B., *Luce ai miei passi. L'accompagnamento spirituale nella tradizione monastica*, Ancora, Milano 2006, p.14.

Una orientación hacia la institucionalización de la relación entre maestro y discípulo se observa ya en el monacato cenobítico de Pacomio, mientras Juan Casiano, el «balsero» que ha transportado la experiencia monástica a Occidente, se inspira en una tradición más sapiencial y técnica, casi profesional de la dirección espiritual, más que en la visión carismática de los inicios⁷. En Occidente, la herencia oriental está expresada sobre todo en la *Regla de Benito*, en la cual el abad es sobre todo el padre espiritual de la comunidad monástica y la práctica de la dirección espiritual, colocada dentro de un contexto comunitario concreto, estable y ritmado, decididamente asume un rostro institucional.

El Medioevo conoce también una forma distinta de dirección espiritual que por caminos diversos se encuentra unida por un estilo caracterizado por la amistad más que por la norma del voto de obediencia. Esta forma es conocida por la tradición cisterciense, en particular con la figura de Elredo de Rievaulx (siglo XII), que concibe la ayuda en la vida espiritual como una relación entre iguales, «un acompañamiento en el que se comparte, se confortan mutuamente, se clarifica y discierne juntos, o uno por el otro, según las circunstancias⁸; una forma análoga se desarrolló en los movimientos laicales del bajo Medioevo y después en la *Devoio moderna*. Encontraremos rastros de este modo tanto en la tradición carmelita reformada como en la espiritualidad del seiscientos francés.

El nacimiento del instituto de la dirección espiritual y el desarrollo en la época moderna

El Concilio de Trento representa un momento decisivo en la historia de la dirección espiritual en el ámbito católico: los estudiosos reconocen en el período post-tridentino y contra-reformista, el nacimiento de la institución de la dirección espiritual en sentido verdadero, como modelo bien definido de *guía de las almas*. Se atribuye generalmente a esta modalidad finalidades y características homogéneas al clima «disciplinante» y de control de consciencias típico de la Contra-Reforma. Pero no sería honesto olvidar que, en su lado positivo, el instrumento de la dirección espiritual en el mundo católico de la edad moderna, sirvió para plasmar profundamente las subjetividades cristianas y para internalizar modelos de comportamientos colectivos⁹. Y no solamente esto, el crecimiento en la consciencia de sí y el aprendizaje del arte de discernir las mociones del Espíritu Santo, cultivados en la dirección espiritual seguramente alentaron el desarrollo de la libertad personal¹⁰.

Este dato es evidente en el modelo más acabado de dirección espiritual post-tridentina, aquel ignaciano, que quizás sea el modelo occidental por excelencia. Al compararlo con la relación entre anciano y discípulo en los padres del desierto aparecen las características peculiares del director espiritual según el diseño de los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola. Para Ignacio, aquel que da los Ejercicios y acompaña al ejercitante es una “tercera” figura respecto al diálogo entre Dios y el ejercitante; aparece en forma clara el primado del Espíritu Santo como única y verdadera guía, y el director espiritual debe “dejar que el Creador actúe sin intermediario con la criatura y la criatura con su Creador y

7 Cfr. FILORAMO, G., *Introduzione*, cit., pp. 26-27.

8 OLIVERA, B., *Luce ai miei passi*, cit., p. 14.

9 ROSA, M., cit en FILORAMO, G., *Introduzione*, cit., p. 6.

10 Es la afirmación, quizás sorprendente, de GRATTON, C., autora de la voz *Direzione spirituale*, en *Nuovo Dizionario di Spiritualità*, dirigido por DOWNEY, M., edición italiana, organizado por BORRIELO, L., Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2003, pp. 236-240, 236-237.

Señor"¹¹. En esta relación triangular, el director no tiene la función de intermediario entre Dios y el sujeto que hace los Ejercicios; debe sobre todo ser el servidor de la relación entre el Creador y la criatura, el facilitador del encuentro y del diálogo íntimo con Dios. La guía ignaciana debe jugar su rol entre proximidad a la persona (que escucha, instruye, aconseja, sostiene) y distancia (permitiendo al sujeto de hacer su camino junto al Maestro interior). En este modelo, el afecto interpersonal entre los dos sujetos no es necesariamente favorecido y se da una importante atención a la relación interpersonal en función de la perfección individual, mientras los aspectos sociales y eclesiales pasan a un segundo plano. La figura del director de conciencias de corte ignaciano, distinto del confesor, encontrará su espacio en los seminarios post-tridentinos para la formación del clero.

Por otro lado, un modelo distinto que ya había aparecido en la época medievall fue propuesto en el ámbito de los carmelitas reformados, en particular con Teresa de Ávila, pero sobre todo en el *grand siècle* francés con Francisco de Sales. La mediación antropológica aquí se vuelve mucho más consistente: se integran mucho más los afectos, los sentimientos, la amistad del director espiritual hacia la cual el obispo de Ginebra recomendaba "una confidencia absoluta, unida a un respeto reverencial; de forma tal que la reverencia no disminuya la confidencia y la confidencia no impida la reverencia" y una amistad "fuerte y suave, enteramente santa y consagrada, toda divina y espiritual"¹². El director espiritual es un amigo fiel y la amistad está hecha de amor y comunicación, es decir de intercambio: la relación podrá llegar a conocer un cambio de roles o una auténtica reciprocidad como aquella que se instauró con Juana de Chantal. La insistencia en la amistad es también para Francisco de Sales una forma de tomar distancia de la tradición monástica de la dirección espiritual, fundada en la obediencia con el fin de proponer un modelo que responda mayormente a las exigencias de "aquellos que están en el mundo"¹³.

Hacia el final del siglo XIX aparecen los primeros pronunciamientos magisteriales sobre la dirección espiritual. Surgen primero para frenar los peligros de abuso por parte de los superiores de las órdenes religiosas, fenómeno que comenzó a darse a partir de la identificación de las figuras del director espiritual y del confesor, promovida por Alfonso María de Ligorio en el '700. Posteriormente los pronunciamientos procuran también reiterar la necesidad de una mediación humana en la búsqueda de la voluntad de Dios, contra aquellos que consideraban superflua la dirección espiritual y que bastaba la docilidad a las mociones del Espíritu Santo¹⁴.

La crisis de la dirección espiritual y la afirmación de la noción de acompañamiento

Al mismo tiempo, el léxico y la realidad de la dirección espiritual entran en crisis.

Los motivos son múltiples: se pueden identificar motivos ambientales y motivos internos a la forma de la directividad en la ayuda en el camino de fe. En los años '60 y '70 del siglo pasado se constata la pérdida de consistencia de los integradores sociales más importantes: la religión, la escuela, la familia, la política y el trabajo. Existe más específicamente una crisis en la relación con la autoridad en estos diversos ámbitos. La consecuencia es la exaltación de la autonomía individual en la elección y en la identificación de los valores que cuentan y

11 IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, Anotación 15.

12 FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, Parte I, cap. IV.

13 Cfr. ZARRI, G., *Introduzione*, en FILORAMO, G., (organizado por), *Storia della direzione spirituale*, vol. III, *L'età moderna*, cit., pp. 5-53, 40.

14 Cfr. la carta de León XIII al Arzobispo de Baltimor *Testem benevolentiae* (22 de Enero de 1899).

en el modelo antropológico que se intenta realizar¹⁵. Inmediatamente, es decir en los últimos decenios del siglo XX, la dirección espiritual sufre la competencia de diferentes psicoterapias, particularmente del psicoanálisis y de varias formas de *counseling*. En forma contemporánea, la noción de dirección espiritual es rechazada, fundamentalmente por la fuerte alusión al principio de autoridad que fue asumiendo y que a menudo degenerando en autoritarismo, pero también por otros motivos, como el olvido en muchos casos, de la presencia de la acción del Espíritu Santo, la poca atención o incluso la ignorancia – en el polo de los directores espirituales – sobre los procesos de desarrollo espiritual y psicológico de la persona, la desvalorización de la libertad y responsabilidad de la persona dirigida¹⁶. Todo esto se traducía a menudo en el uso de un estilo inquisidor en el coloquio espiritual, en la costumbre de diagnosticar o sentenciar sin esperar la maduración de una convicción personal en el sujeto en búsqueda, en la excesiva referencia al principio de la obediencia.

En el post-Concilio (Vaticano II) se afirma a partir del área cultural francesa la noción de acompañamiento espiritual, la cual supone una praxis más respetuosa de la obra del Espíritu Santo en la libertad del otro¹⁷ y alude más que nada a la idea de compartir, de un camino hecho juntos entre el acompañante y el acompañado, donde el primero busca la mejor adaptación posible al ritmo espiritual del segundo. Fascina la idea que el sujeto que ayuda no adopte la postura de quien está “arriba”, sino la de quien camina “al lado”¹⁸, y bien pronto, sobre todo en el ámbito francés, se contempla una proliferación de los campos de aplicación del léxico del acompañamiento, desde el pedagógico formativo al de la asistencia sanitaria, desde los ámbitos económico-comercial a aquel político. Respondiendo a una nueva sensibilidad de comunión y de ayuda fraterna, el acompañante espiritual evita estilos autoritarios y uni-direccionales, y busca integrar más la realidad de la Iglesia y el escenario del mundo en el camino personal.

La dirección espiritual transformada en acompañamiento aprovecha notoriamente del aporte de las ciencias humanas, en particular de la psicología: el camino “es sobre todo de la mano del acompañado”, la asimetría existe pero está “muy temperada por el gran respeto y por la renuncia al juicio por parte del acompañante”; el camino espiritual a menudo se vuelve un “camino de auto-gestión acompañada o supervisada”¹⁹. De la psicología, en particular de los estudios de C. Rogers, se importan al coloquio de acompañamiento espiritual algunas técnicas que defienden la actitud del acompañante, como el silencio, la paráfrasis de aquello que dijo la persona acompañada, el reflejo de sus sentimientos, la información, el brindar datos más que consejos. En el centro de la relación está la persona y el no dar consejos es, paradójicamente, una de las características más marcadas del estilo “empático” que distingue al acompañamiento entendido como *counseling espiritual*²⁰. El objetivo declarado de estos autores es favorecer la libre y responsable apertura del sujeto al diálogo con el Espíritu Santo, y por ende la madurez y la independencia de la persona acompañada, que debe ser sobre todo escuchada: en el método absolutamente no directivo, aquel que ayuda debe limitarse a hacer de “caja de

15 Cfr. LE BOUËDEC, G., *Spécificité de la posture d'accompagnement*, en «Revue d'éthique et de théologie morale “Le Supplément”», 222 (2002), pp. 29-52, 34-35.

16 Cfr. el análisis de GONZÁLEZ, L.J., *Acompañamiento espiritual*, en *La Teologia Spirituale. Atti del Congresso Internazionale OCD*, Edizioni OCD-Teresianum, Roma 2001, pp. 789-807, 792.

17 DANIELI, M., *Pedagogia dell'accompagnamento spirituale*, AdP, Roma 2008, pp. 84-85.

18 Cfr. LE BOUËDEC, G., *Spécificité de la posture d'accompagnement*, cit., p. 31.

19 OLIVERA, B., *Luce ai miei passi*, cit., p.15.

20 Entre los autores que siguen esta impostación señalamos sobre todo a GONZÁLEZ, L.J., *Counseling spirituale: scuola di mistagogia*, en *Mistagogia e accompagnamento spirituale*, Pont. Istituto di Spiritualità del Teresianum- Edizioni OCD, Roma 2003, pp. 101-124, en particular p. 105.

resonancia" a la persona acompañada²¹.

El debate actual y las perspectivas futuras

La discusión actual sobre lo que debe ser considerado un auténtico ministerio eclesial conoce otras transformaciones. El riguroso modelo del acompañamiento espiritual es a su vez sometido a una revisión, comenzando por el mismo ámbito eclesial y social francés que lo generó. Podemos aquí sólo mencionar algunas directivas por medio de las cuales se está actualmente reflexionando sobre la renovación del acompañamiento espiritual: hemos identificado cuatro.

- ❖ *El replanteo de la categoría misma de "acompañamiento"*. Sobre todo a nivel sociológico: en varias partes se constata y observa el abuso, que ya ha llevado a formas de abandono del término, para reservarlo a situaciones límites como las de abandono, aislamiento, ruptura, a las patologías personales y colectivas debidas a la fragmentación de los vínculos sociales o, a las formas tradicionales, más minoritarias de acompañamiento espiritual²². Por otra parte, el rigor deontológico que – a partir de la "obsesión" por un posible ejercicio de poder sobre las consciencias – ha sido asignado a esta práctica en el ámbito de la vida de fe (acento puesto sobre la distancia, en la reserva emocional, en la discreción por parte del acompañante, sobre la neutralidad de las elecciones de la persona acompañada) termina haciendo que el acompañante se parezca más a un psicoanalista o a un maestro zen que a una guía cristiana. Y sin embargo, el término acompañamiento ha sido favorecido también por la fuerte referencia a la vida afectiva y relacional que sugiere: ¿se ha ido cada vez más hacia una excesiva, ascética "profesionalización" de este servicio?²³
- ❖ *La recuperación de las actitudes, o funciones*. Parece que hoy, ante lo incierto y el miedo, ante la precariedad siempre más difundida, se advierte un regreso de la exigencia de una dirección, de tener un guía fuerte, un apoyo vigoroso y visible, presente, que oriente ante una infinidad de posibles ocasiones y elecciones. Con el riesgo a cambio, que crezca el pedido de des-responsabilización y el deseo de dependencia²⁴. Pero los mismos especialistas en el tema descubren que en el acompañamiento espiritual también hay espacio para la dimensión de enseñanza por parte de la guía, una dimensión de competencia a la cual acudir pidiendo consejo. La psicología a su vez, recuerda sobre el riesgo que la actitud de la distancia asumida como regla absoluta pueda constituir un óptimo protector detrás del cual disimular el gusto por el poder (la distancia aumenta el sentido de inaccesibilidad y por ende puede ser signo de dominación), o un modo para enmascarar y proteger la vulnerabilidad personal del acompañante. Se redescubren metáforas como la guía de montaña, que no se limita a observar el

21 Cfr. GOYA, B., *Aiuto fraterno. La pratica della direzione spirituale*, EDB, Bologna 2006, pp. 19-24.

22 *Les avatars d'une évidence*, en «Lumière & Vie», 267 (2005), pp. 3-4, 3 [editorial no firmado].

23 Hacemos mención aquí a las interesantes reflexiones de GUEULLETTE, J.-M., *L'accompagnateur: professionnel ou ami? Chemin d'Emmaus et route d'Ecbatane*, en «Revue d'éthique et de théologie morale "Le Supplément"», 222 (2002), pp. 199-220, 203-204.

24 Cfr. MARTINELLI, A., *La direzione spirituale e la comunicazione della fede*, en «Credereoggi», 75 (1993), pp. 74-83, 76.

camino de las personas acompañadas ni simplemente a indicar el sendero, sino que lo recorre personalmente y estando delante. Se observa que el acompañante espiritual no puede contentarse con escuchar como el psicoanalista: de él el creyente espera una palabra, como de los antiguos padres del desierto²⁵. Se admite que la "postura" del acompañamiento es compleja y conoce un poco todas las actitudes de la relación educativa²⁶, así como los promotores del estilo empático reconocen que en algunos casos y en ciertas situaciones de la persona acompañada, el estilo directivo es el más oportuno²⁷.

- ❖ *El paradigma de la amistad.* El acompañante – se observa – posee diversos rasgos del amigo: la posibilidad de una confianza total, la total gratuidad de su presencia y de su aporte. Se subraya que la diferencia fundamental está en la no-reciprocidad de la relación de acompañamiento, o en una reciprocidad fuertemente asimétrica, la cual explica cómo en la tradición espiritual se haya preferido el paradigma paterno a aquel amistoso o fraterno²⁸.
- ❖ *El regreso de la paternidad.* También aquí, hay un dato sociológico, constituido por el "regreso del padre" - registrado más o menos en el pasaje al nuevo milenio – no exento de ambigüedad. Pero la tradición cristiana conoce un antiguo y luminoso período de paternidad espiritual que hoy, desde varios lugares se quiere valorizar bajo los aspectos de la real implicación personal de la guía y del llamado a su responsabilidad de tipo paterno: "sólo acompañar parece demasiado poco"²⁹. La recuperación de la categoría de paternidad espiritual va acompañada del redescubrimiento de los temas bíblicos y patrísticos de la fecundidad generadora de la palabra de Dios y de la maternidad de la Iglesia, de la transmisión de la fe, que no pueden ser tenidas fuera del horizonte de la dirección espiritual.

A modo de síntesis

Al final de este breve viaje, propondré simplemente dos indicaciones sintéticas que me parecen surgir del debate sobre los modelos de dirección espiritual. La primera es la necesidad de que la reflexión sobre el tema se libere de impostaciones ideológicas (la obsesión por la directividad, el mito del acompañamiento) y adquiera un estilo de sabia apertura e inclusión. La segunda indicación desearía promover que, al tratar el tema se lo considerara desde una dialéctica sana y vigilada entre exigencias opuestas pero irrenunciables, entre las cuales se juega el estilo del acompañamiento espiritual. Las polaridades más relevantes parecen ser las siguientes: amistad/profesionalidad; distancia/implicación personal y afectiva; escucha/consejo; reciprocidad/asimetría.

25 Véanse las siguientes páginas de GUEULLETTE, J.-M., *L'accompagnateur: professionnel ou ami?*, cit., pp. 204-209.

La metáfora de la cuerda y del guía de montaña era a menudo usada por el Cardenal Martini; véase por ejemplo *I doni e le scelte. Lo Spirito nel quotidiano*, en MARTINI, C.M. - VIGNOLO, R. - MANICARDI, L. - CAPITANIO, R., *L'accompagnamento spirituale*, Ancora, Milano 2007, pp. 9-29, 19-20.

26 LE BOUËDEC, G., *Spécificité de la posture d'accompagnement*, cit., p. 39.

27 GONZÁLEZ, L.J., *Acompañamiento espiritual*, cit., p. 802-803.

28 GUEULLETTE, J.-M., *L'accompagnateur: professionnel ou ami?*, cit., pp. 209-210.

29 CASTO, L., *La direzione spirituale come paternità*, Effatà Editrice, Cantalupa (Torino) 2003, pp 221-222: cfr. también p. 122.